

Peter Handke

Lento regreso

Traducción de Eustaquio Barjau



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Langsame Heimkehr. Erzählung*

Primera edición: 1985

Segunda edición, con traducción revisada: 2018

Primera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Susana Vicente Galende

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 1979. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1985, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-025-4

Depósito legal: M. 256-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 I. Las formas de los primeros tiempos
- 91 II. La prohibición del espacio
- 147 III. La ley

Luego, bajando por el camino, precipitadamente y de un modo atropellado, me encontré de repente con una forma...

I. Las formas de los primeros tiempos

Sorger* había sobrevivido a algunos seres humanos próximos a él y ya no sentía ningún anhelo; sin embargo, experimentaba a menudo un gusto desinteresado por la existencia y de vez en cuando una necesidad de salvación que se había convertido en algo animal, que pesaba sobre sus párpados. Capaz por una parte de una tranquila y callada armonía –que a modo de alegre, risueño poder se transmitía también a los demás– y vulnerable, en cambio, con excesiva facilidad por la fuerza de los hechos, sabía lo que era estar perdido, quería ser responsable y estaba penetrado por el afán de buscar formas, diferenciarlas y describirlas, más allá del paisaje, donde («en el campo», «sobre el terreno») esta actividad que –a menudo era torturadora, en otros momentos volvía

* En alemán este nombre significa «el preocupado», «el cuidadoso»
(N. del T.)

a ser divertida; cuando tenía suerte, triunfante— era su oficio.

Al final de la jornada de trabajo, en la casa de madera pintada de color gris claro, con tejado empinado, a dos aguas, situada en el lindero de la colonia, habitada fundamentalmente por indios, allí, lejos, en el Gran Norte del otro continente, en una casa que desde hacía ya algunos meses le servía a él y a su colega Lauffer de laboratorio y a la vez de vivienda, había puesto fundas a los microscopios y a los prismáticos —que usaba de un modo alternativo— y, con el rostro todavía torcido de tanto mirar por unos y por otros, atravesando como por un corredor de descanso el espacio episódico originado por la luz del ocaso y las semillas de los matorrales de álamo que flotaban en el aire con la blancura de la lana, se había dirigido a «su» playa.

En el zócalo de barro de ésta —Sorger hubiera podido bajar de un salto— empezaba el inmenso dominio del gran río que huía hacia todo el círculo del horizonte, que brillaba sin ser humano alguno, inundaba el casquete continental de este a oeste y, al mismo tiempo, en la tierra llana —que si bien era cierto que estaba colonizada de un modo puntiforme, en realidad estaba deshabitada—, avanzaba en meandros hacia el norte y hacia el sur; un río que, habiéndose retirado detrás de un banco de grava y piedras pequeñas y de una pendiente de barro todavía húmedo —a consecuencia de la sequedad estacional y de la interrupción de la fusión glacial—, iba golpeando la tierra, a los pies de Sorger, con olas ligeras y alargadas.

Lo que daba a la llanura del gran río la apariencia de un agua quieta era también el hecho de que esta agua se

extendía por todas partes hasta el horizonte; allí, las líneas de éste, como un fenómeno de las curvas de los meandros, no las trazaban las aguas que fluían de este a oeste, sino la tierra firme, las orillas de la curva que formaba el gran río en aquel lugar, una masa de arbustos de álamo que crecían sobre aquellas orillas, o también la línea quebrada que formaban las grandes selvas de coníferas, unos árboles de muy poca altura, de suyo esparcidos a distancia unos de otros, pero que, sin embargo, vistos de lejos, parecían como pegados unos a otros formando una hilera.

Este aparente lago —limitado en todos los confines del cielo solamente por franjas de una tierra que daba la impresión de ser llana— fluía, no obstante, con una velocidad que era imposible de determinar y, a excepción del chapoteo como de bañera que hacían las olas en la playa de barro, era como un cuerpo extraño que, al principio no perceptible en absoluto como algo líquido, llenaba toda la depresión, iluminado por los reflejos amarillos del cielo del atardecer; un cuerpo extraño con fragmentos de islas y algunos bancos de arena que, en el vago aire del crepúsculo, carecía ya de relieve; sólo en aquellos lugares en los que, por encima de las cavidades, las pequeñas depresiones y los agujeros invisibles del fondo de arena y piedras del lecho del río, en la superficie del agua se habían formado remolinos dentro de aquella masa que normalmente era compacta y de un color amarillo metálico, estos remolinos, embudos que giraban con fuerza sobre sí mismos, no mostraban este color amarillo sino que, como en contraste con la superficie lisa del gran río, formaban con el cielo un ángulo

distinto, más inclinado, dejaban ver un lejano azul de día, y de su interior, en medio del fluir de las aguas –normalmente silencioso del todo–, salían leves murmullos como de arroyo.

Sorger estaba transportado, como en volandas, por la idea de que esta naturaleza salvaje que había ante él, con los meses de observación, en la experiencia (progresivamente más cercana) de sus formas y de la génesis de éstas, se había convertido en su espacio más propio y personal; al estar presentes ante él las distintas fuerzas que habían tomado parte en la configuración del paisaje –sin que Sorger, previamente, tuviera que esforzarse para hacerlas venir–, en el mero proceso de percepción, simultáneamente con la aprehensión de la gran masa de agua, de su fluir torrencial, de sus remolinos y rápidos, una vez transformadas por sus leyes en una benéfica fuerza interior –aunque en el mundo exterior pudieran haber sido un día destructoras (y continuaran siéndolo)–, aquéllas actuaban como algo que infundía fuerza y al mismo tiempo sosiego. Estaba convencido del valor de su ciencia, porque le ayudaba a sentir dónde se encontraba él en cada momento; la conciencia de estar precisamente ahora en la playa de una orilla llana, mientras que la otra orilla –a una distancia de millas y, debido a las islas que había en medio, apenas visible– en realidad era sólo un poco más escarpada, y el hecho de poder atribuir esta singular asimetría a la fuerza centrífuga debida a la rotación de la Tierra no era algo inquietante, más bien daba una idea del claro carácter civilizado y familiar del planeta Tierra, una idea que hacía lúdico el espíritu de Sorger y deportivo su cuerpo.

Formaba parte de esto también la imagen momentánea de que, junto a las semillas de álamo que atravesaban el paisaje arrastradas por el viento, sobre el suelo del canal abierto por la corriente, en aquel mismo momento, de un modo oculto, los cantos rodados se iban deslizando, saltaban unos sobre otros en un movimiento circular o llegaban incluso a realizar lentos saltos en arco, envueltos en nubes de lodo y empujados por cilindros de agua que él –girando como estaban por debajo de la tranquila superficie en dirección contraria a la corriente– no podía imaginar, sino vivir de un modo físico: dondequiera que estuviese, Sorger intentaba cobrar certeza de estos procesos diminutos y burlescos, fenómenos que de vez en cuando lo distraían de un modo placentero para luego, infundiéndole una agradable excitación, volver a apoderarse completamente de él.

Desde hacía algunos años –desde que vivía casi siempre solo– necesitaba sentir con toda precisión dónde estaba en cada momento: percibir las distancias, estar seguro del ángulo de inclinación; barruntar siempre, por lo menos hasta una determinada profundidad, el material y la estratificación del suelo sobre el que se encontraba; midiendo y poniendo límites, construirse primero y ante todo espacios, a modo de «meras formas sobre el papel», pero formas con la ayuda de las cuales –aunque por poco tiempo– se mantenía en cohesión consigo mismo y se hacía invulnerable.

Sorger necesitaba la naturaleza; sin embargo, no sólo aquello que había sido dejado «en estado de naturaleza» sino que en cualquier gran ciudad, por ejemplo, le bastaba con descubrir las protuberancias o depresiones ape-

nas perceptibles, recubiertas incluso por el asfalto, los suaves hundimientos o elevaciones del adoquinado de las calles, los suelos de las iglesias o los peldaños gastados por siglos de uso; o en una casa de muchos pisos que al principio pudiera resultarle extraña necesitaba imaginar que desde arriba, pasando por todos los pisos, descendía verticalmente hasta los cimientos, y de este modo soñar despierto, por ejemplo, que se identificaba con el zócalo de granito que había allí, y la orientación y el espacio para respirar, necesario para la vida (y con ello la confianza en sí mismo), eran realidades que se daban simultáneamente; cada una de ellas producía la otra.

Tenía la capacidad (una capacidad que en realidad no era continua sino esporádica y casual, una casualidad hecha posible sólo, y un tanto afianzada, por su actividad profesional) de, en casos de necesidad, pedir ayuda a los espacios cósmicos en los que se había acostumbrado a vivir; de citarlos también, para su mera distracción y la de los otros, con todos los límites, las circunstancias lumínicas y eólicas, los grados de longitud y latitud, el estado de los cuerpos celestes, como imágenes de sucesos sobre los que había que meditar aún, imágenes siempre pacíficas que eran de todos y no eran de nadie.

En cada nuevo entorno, aunque a primera vista éste se abriera como algo abarcable en su uniformidad o pintoresco por sus contrastes, aunque siempre aprehensible inmediatamente después de este primer momento de ingenua familiaridad con el espacio, seguía, como algo definitivo, el estúpido extrañamiento, vivido como una perturbación del equilibrio, de estar otra vez ante un nuevo telón de fondo, y de un fondo además conocido; un ex-

trañamiento reforzado además por el sentimiento de culpabilidad por no estar tampoco allí «en su sitio»: de ahí que, con el tiempo, la pasión de Sorger acabara siendo ésta: estando afuera y soportando el primer vacío, por medio de la observación y la anotación de lo que veía, recobrar los espacios que había estado desperdiciando con tanta facilidad; al no estar en casa como no estaba en ninguna parte desde hacía mucho tiempo y, por tanto, después de las humillaciones turísticas que le habían infligido las diversas regiones de la tierra, al no estar en situación de reencontrarse a sí mismo entre sus cuatro paredes, en este lugar, aquí y ahora, veía su única oportunidad: pensaba que si no se dedicaba a él (a menudo hastiado) con el esfuerzo de su trabajo, tampoco habría refugio en los espacios de su pasado; en momentos de suerte, sin embargo, en el feliz, beatífico agotamiento, todos sus espacios –los de aquel momento, recientemente conquistado, y los anteriores– se ensamblaban formando una cúpula que envolvía el cielo y la tierra a modo de santuario, un santuario que no era solamente para él sino que se abría también a los demás.

Después del primer momento de disgusto ante esta naturaleza que se prometía cada vez de un modo prematuro para luego volver a retirarse inmediatamente, Sorger, si no quería perderse, no tenía más remedio que abismarse en ella con todas sus fuerzas. Tenía que tomar en serio el mundo que lo rodeaba, en cada una de sus más insignificantes formas –una estría en la piedra, un cambio de coloración en el barro, la arena que el viento había depositado al pie de una planta–; tenía que tomarlo en serio como sólo un niño puede hacerlo; de este modo,

él, que apenas era de ninguna parte, que sólo era competente aquí, podía mantener su cohesión para los otros, cualesquiera que éstos fuesen; y esto, de vez en cuando, no lo conseguía sino al precio de una furiosa victoria sobre sí mismo.

¿Para quién entonces esta cohesión? Sorger era consciente de hasta qué punto, con su ciencia, practicaba al mismo tiempo una religión: su trabajo era lo único que, una y otra vez, lo hacía capaz de relacionarse con los demás, en este doble sentido: podía elegir y podía ser elegido. ¿Por quién? Daba igual: lo único que quería era poder ser elegido.

Su modo de aprehender la figura de la Tierra, una actividad que él no llevaba a cabo de un modo fanático sino con tanta intensidad que poco a poco se iba sintiendo a sí mismo como una figura independiente, al separarla de la amenaza de la Gran Carencia de Formas —una actividad poblada sólo de sentimientos y estados de ánimo pasajeros—, había salvado realmente su alma hasta ese momento.

¿Y los demás? En su profesión, Sorger todavía no había realizado ningún trabajo con el que pudiera haber sido útil a alguien de un modo manifiesto o que tal vez hubiera podido ser provechoso para un tipo u otro de comunidad: no había trabajado en ninguna perforación petrolífera ni había podido predecir ningún terremoto ni tampoco había examinado, en calidad de responsable, la resistencia del suelo en vistas a un proyecto de construcción. Pero estaba seguro de «su cosa»: sin su esfuerzo por soportar el elemento extrañante que hay en cada una de las regiones de la Tierra, por leer en el paisaje sirvién-

dose de los métodos de que disponía y por transmitir lo leído en un orden estricto, no hubiera podido tener ningún trato con nadie.

No es que creyera en su ciencia como si ésta fuera algo así como una especie de religión de ámbito mundial, sino que la práctica mesurada de su trabajo tenía lugar al mismo tiempo como un ejercicio de confianza en el mundo («trabajo medurado» era el modo de actuar de Sorger a los ojos de Lauffer, quien, por su parte, era caótico y a menudo deliciosamente disperso y versátil); y en este trabajo la regularidad de los gestos de su actividad como técnico e incluso de su vida cotidiana era un continuo intento de meditación que, a veces, en lugares como baños, cocinas y cuartos de herramientas, le hacía andar lentamente y de un modo solemne de un lado a otro. La fe de Sorger no se dirigía hacia nada concreto; cuando lograba tenerla, esta fe daba lugar sólo a una participación activa en «su objeto» (una piedra agujereada, pero también un zapato encima de la mesa o un hilo de coser en el microscopio) y lo ponía de buen humor, a él, que a menudo estaba deprimido, que en estos momentos se sentía como investigador: entonces, preso de una silenciosa vibración, miraba simplemente su mundo más de cerca.

En los momentos en que, olvidándose de sí mismo, se inclinaba generosamente sobre las cosas (en los fugaces instantes de esperanza se veía a sí mismo como el tonto), Sorger no era un dios; sabía sólo, por poco tiempo pero de un modo que era posible eternizar en formas, lo que era bello y lo que era bueno.

Ansiaba una fe que se refiriera a algo, aunque nunca podía pensar en un Dios; sin embargo, en los momentos

de angustia se daba cuenta de que –¿simplemente forzado?– quería –literalmente, suplicaba– estar mezclando siempre el pensamiento de Dios con todo. (A veces deseaba ser piadoso, cosa que no conseguía; pero entonces estaba seguro de que «los dioses» lo comprendían.)

¿Envidiaba a los que no perdían nunca la fe, a la multitud ya salvada de los creyentes? Como fuera, le emocionaba la regularidad de ánimo de éstos, la facilidad con que pasaban de la seriedad a la hilaridad, la obstinada, bondadosa extroversión; él mismo, a veces, era simplemente *no bueno* y no se resignaba a esta situación: con demasiada frecuencia ocurría que recibiera con locuaz entusiasmo algo de lo que inmediatamente después volvía a apartarse con un silencioso enojo, en lugar de contestar a ello, de una vez por todas, con una actitud irónica de superioridad que se transmitiera a los demás.

Con todo, para él los creyentes no suponían ninguna compañía. Los comprendía, sin embargo no podía hablar en su lenguaje, porque no hablaba o porque, en los estados excepcionales de religiosidad, hubiera hablado en un idioma que les habría resultado extraño; en la «noche oscura de su fe», en la que las lenguas están mudas, no lo hubieran entendido.

En cambio, a Sorger, las fórmulas lingüísticas de su ciencia, por muy convencido que estuviera de ella, le parecían siempre una alegre estafa; los ritos con los que aprehendía el paisaje, sus convenciones de descripción y de nomenclatura, su representación del tiempo y de los espacios se le antojaban como algo cuestionable: el hecho de que en una lengua que se había formado a partir de la historia de la Humanidad hubiera que pensar la

historia, incomparablemente distinta, de los movimientos y de las formaciones del globo terráqueo le provocaba una sensación espasmódica de vértigo corporal, y a menudo le resultaba literalmente imposible aprehender mentalmente el tiempo junto con los lugares que tenía que investigar. Presentía la posibilidad de un esquema completamente distinto para representar los acontecimientos temporales en las formas del paisaje y se veía a sí mismo sonriendo de un modo pícaro y malévolamente —la sonrisa de todos los que han pensado algo de un modo completamente distinto (en las fotografías de estos hombres siempre le había llamado la atención este gesto)—, endosándole al mundo su propia estafa.

De este modo, Sorger, capaz de jugar con sus pensamientos, en la exaltación de los momentos de descanso, delante de este desierto amarillo, podía sentir también el estado de abandono de aquel que, sin fe en la fuerza de las formas o, por desconocimiento, sin posibilidad tampoco de tal fe, se encontraría solo ante esta región de la Tierra como en una pesadilla: tenía que ser el horror ante el diablo, el irrevocable extremo del mundo, en el que el infortunado, tocado por el hecho de su soledad —detrás de él ya no había nada tampoco—, ni siquiera tendría la posibilidad de morir aquí y ahora: porque ya no habría ni aquí ni ahora; ni tan siquiera podría ser arrebatado por el diablo, porque tampoco estos nombres existirían ya; simplemente estaría pereciendo de horror eternamente; porque tampoco habría ya tiempo. Y la llanura de las aguas y el ancho cielo llano que se extendía sobre ellas aparecieron de repente como las dos valvas de una concha abierta desde la cual, con una terrible fuerza de

seducción, acompañada de un escalofrío de rápida, aguda delicia, llegaba el flujo de los que desde el principio de los tiempos habían desaparecido.

Involuntariamente, arrancado del juego, como un doble de sí mismo, sobre un saliente de marga, de limo –y tal vez de polvo de oro–, expuesto a este vacío silbante que parecía estar cambiando continuamente de dirección, Sorger se volvió hacia la tierra civilizada que tenía a su espalda y en la que las claras colas peludas de los perros, atados con cadenas, se agitaban por todas partes entre los matorrales, donde brillaban los mechones de hierba que crecían sobre los tejados de tierra de las cabañas de los indios y donde el «eterno otro» –así es como veía él a su colega Lauffer–, calzado con unas botas de piel de oveja en las que el barro había formado una costra y con la cazadora especial de muchos bolsillos, con una lupa que brillaba, colgada al cuello, de vuelta del trabajo en la zona, estaba de pie sobre el peldaño de madera que había delante de la casa de tejado a dos aguas, con el rostro y el tórax todavía al sol, en este primer momento de desconcierto al regresar a un lugar que le sirve a uno simplemente de lugar de residencia; estaba allí imitando la actitud de Sorger, ante todo de un modo rígido, pero al mismo tiempo rebelde también, y, al igual que su compañero, mirando hacia la inmensa tierra fluvial, fumando un cigarrillo, torciendo el gesto –al igual que Sorger–, como si, con una estampa extrañamente necesitada de ayuda, representara a uno de los hombres idénticos que estaban apostados al fondo en hilera.

Lauffer era un amigo con quien la confianza no se expresaba en forma de camaradería sino en una cortesía

que a veces rayaba en la timidez. Entre ellos, que diariamente estaban sometidos a distintos estados de ánimo, jamás hubieran sido posibles los repentinos cambios de humor (que a veces les hubieran sido necesarios). Aunque debían compartir el cuarto de trabajo de la casa, únicamente al principio ocurría que uno se cruzara con el otro; sin ningún plan preconcebido, cada uno tenía su sitio, incluso en el dormitorio —la casa tenía sólo estas dos piezas—. Entre ellos existía la comunidad que inevitablemente debía darse; sin embargo, siempre que hacían algo juntos parecía que fuera de un modo casual; cada uno manejaba sus cosas; incluso en la casa tenían sus propios caminos. En realidad no comían juntos sino que uno venía más tarde y se añadía al otro, que estaba haciendo un verdadero banquete, y entonces, por ejemplo, recibía esta invitación: «¿nos bebemos un vaso de vino?». Si uno quería oír música, el otro no salía afuera sino que escuchaba sin participar de un modo expreso en la audición; quizás ocurría también que se iba metiendo en ella poco a poco, incluso llegaba a querer oír un fragmento por segunda vez.

Lauffer era un mentiroso; Sorger, con toda su calma y su impenetrabilidad, no dejaba de ser un hombre inestable; podía incluso, en un momento dado, llegar a ser indiferente y hasta desleal: los dos barruntaban, o conocían en silencio, lo que el otro tenía de negativo (presintiéndolo éste incluso de un modo más fantasmal que aquel contra quien se dirigían las sospechas), y, con la sagacidad que les daba la conciencia de que con un tercero probablemente podrían llegar a comportarse reiteradamente como canallas, pero nunca entre ellos, con los